

## AMANDO SUSTANCIAL

Oh símbolo dolido  
de angélicos acentos.  
Oh lira donde estrena suavidades  
y dulzor el quejido  
de la llama y del viento  
que hasta el cielo levanta tempestades.

Oh fuente surtidora  
vertida y en destierro.  
Oh fuente toda espuma y toda nube.  
Corriente saltadora  
que huyendo de tu encierro  
alcanza la distancia del querube.

Oh llama alimentada  
de internas sequedades.  
Antorcha incandescente y peregrina.  
Oh brasa desterrada  
buscando en soledades  
el fuego que te abrasa y te ilumina.

Oh viento con destino  
más alto que la estrella  
y más que el huracán desenfrenado.  
Violento remolino  
sin límite y sin huella  
al soplo que te aspira devanado.

Amante receloso  
de amor que se te vela  
después de haberte herido a la distancia.  
Amante requejoso  
de amor que así te encela  
hurtando su belleza a tu esperanza.

Amante no rendido  
y esposo no logrado.  
Amando sustancial y sin seguro.  
De tu cárcel salido.  
Al amor no llegado.  
Amor de puro amar. Amante puro.

## VALORES EXTREMEÑOS

# JUAN LUIS CORDERO GOMEZ

(22-X-1882 = 12-XII-1955)

Deseando nuestra revista honrar mercedamente la memoria del gran poeta extremeño, D. Juan Luis Cordero, hace poco desaparecido, encomendó tal misión a nuestro colaborador, D. Fernando Bravo y Bravo que la ha realizado con el máximo acierto, como verán los lectores que se detengan a considerar estas páginas.

(La Redacción)

El martes, 13 de Diciembre, en una mañana de otoño desahucible, lloviendo a mares, entre planto de mujeres de pueblo y claros versos de Rufino Delgado, enterramos en el camposanto cacereño el cuerpo de Juan Luis Cordero, fallecido el día anterior tras fatigosa agonía. Su alma cristiana, que tanto luchó y sufrió, deseamos y esperamos que repose en el Señor.

Había nacido Juan Luis en Cáceres a las cinco de la tarde del día 22 de Octubre de 1882, en la costanilla de la Amargura, y fueron sus padres Isidoro Cordero Isado, de Aldea del Cano, y María Gómez Durán, de Navas del Madroño. Al quedar huérfano, y desvalido por ser de humilde posición económica sus progenitores, privado de seguir estudios a los que le llamaba irresistible atracción, tuvo que ser aprendiz de carpintero, pasando luego a convertirse en aperador de carros en el pueblo de Arroyo del Puerco (hoy de la Luz), donde halló la fiel compañera de su vida, Dominica Molano Narciso, de la que hubo los tres hijos que actualmente viven: Isidoro, Augusto e Isabel.

En Arroyo de la Luz, entre golpes de martillo y azuela, iba forjando estrofas sencillas pero recias, cantando amoríos, trabajos y majezas, que luego de la dura faena diaria ponía en limpio en rayados papeles, y después corrían de boca en boca por todo el lugar. Sus versos, con patentes incorrecciones y cierta tosquedad formal, estaban empapados de jugosa espontaneidad y eran de una fuerza arrolladora. Pronto trascendió su fama y al fin se le pudo arrancar del pueblo al proporcionársele en el Ministerio de Fomento (hoy de Obras Públicas) una plaza de peón caminero y alcanzar a poco la de capataz, pero siempre alternando su empleo con el trato de la literatura y de manera especial con el periodismo y la poesía.



En un alarde de voluntad logró el ingreso en el cuerpo de secretarios municipales y el día 12 de Abril de 1921 tomó posesión de la secretaría de Valencia del Ventoso, cesando el 2 de Febrero de 1923 para trasladarse a la de Bienvenida hasta el 27 de Marzo de 1924, incorporándose al Ayuntamiento de Fregenal de la Sierra. A consecuencia de un expediente motivado por razones políticas, tuvo que cesar el 2 de Febrero de 1926, lo que le proporcionó no sólo los sin sabores que un trance así lleva aparejados, sino las calamidades derivadas de una gran penuria económica, durante la cual se vió socorrido y consolado por aquel santo varón que en vida fué el párroco frexnense D. Gregorio Porro. Para escapar de las escaseces cada día más agobiantes ante la lentitud del procedimiento que se le seguía, solicitó el reingreso en el cuerpo de camineros, en el que aguardó la conclusión del expediente, que se resolvió, al fin, de modo favorable pues fué repuesto en el cargo, aunque no en la plaza, destinándosele a Puebla de Alcocer donde tomó posesión el 1.º de Enero de 1930, pasando el 15 de Agosto del siguiente año a Barcarrota y el 10 de Octubre de 1932 a Villanueva de la Serena. En esta hermosa población pacense le sorprendió el Glorioso Alzamiento y a toda prisa tuvo que salir huyendo del furor rojo, abandonando su hogar y sus queridos libros y papeles, que no pudo recuperar. Actuó como delegado del Gobernador en los pueblos de La Parra y de Fuente del Arco, desempeñando la secretaría municipal de Solana de los Barros, durante el año 1937, y la de Guareña el año 1938 y gran parte del siguiente. El día 1.º de Diciembre de 1939 tomó posesión de la secretaría del Ayuntamiento de Arroyo de la Luz y en su segunda patria chica permaneció hasta su jubilación el 22 de Octubre de 1952. Nombrado posteriormente oficial primero del Colegio de Secretarios, Interventores y Depositarios de la Administración Local, se trasladó a Cáceres, su patria natal, donde ha encontrado la muerte.

Esta brevísima película de su existencia no da idea de los esfuerzos, privaciones, luchas y triunfos, que desplegó, padeció, experimentó y gozó.

A tal respecto señalo que es sobremanera significativo el influjo que el lugar del nacimiento suele ejercer en los hombres, y así se ve que en Juan Luis Cordero (nacido en Extremadura, sobre un fondo de austera reciedumbre que emana de todo lo extremeño) campea el doble signo de la aflicción y del honor, porque nació en la calle de la *Amargura* y en esta ciudad de los *Caballeros*, apelativo con que se conoce a Cáceres, la ciudad extremeña por excelencia. Parece como si este doble símbolo del nombre de la calle y del sobrenombre de la ciudad, se hubiera grabado cual impronta indeleble en su ser hasta el punto de que toda su vida ha girado alrededor del extraño eje que unía estos dos polos: *amargura* y *caballerosidad*.

Adversidades y hombría de bien, escasez material y alteza de espíritu, perfectamente fundidos.

De Juan Luis podía decirse que era un amargo caballero de Extremadura; de ahí que desembocara todo él, inconteniblemente, en un canto poético a impulsos de su dolor y de su hidalguía, de su de-



Don Juan Luis Cordero Gómez, ilustre poeta extremeño, recientemente fallecido



voción a la humilde gente y a la altiva gesta extremeñas. ¡Qué fina y penetrante intuición la de sus convecinos de Arroyo de la Luz al llamarle, por antonomasia, «el poeta»! Y atinaban, porque Juan Luis constituye por su creación lírica, un excelente hito, un firme valor, en las letras extremeñas.

En la historia de la literatura de nuestra región, y concretamente durante la primera mitad del siglo XX, ocupa un lugar de singular destaque como escritor fértil y vario que alcanzó difusión extraordinaria en España y América, y en cuyo haber hemos de anotar el dinamismo reflejado en su actuación periodística con la fundación —unas veces él solo, y otras en unión de algún amigo al que arrastraba su iniciativa— de periódicos y de revistas como «La Carretera», «Brisas Nuevas», «Extremadura Literaria», «Era Nueva», «Miau», «Uno más» y «El Bloque»; así como con sus colaboraciones en la prensa cacereña «Alma extremeña», «El Adarve», «El Norte de Extremadura» y «El Noticiero», y en los periódicos pacenses «El Noticiero Extremeño», «Nuevo Diario», «Archivo Extremeño» y «El Liberal Extremeño». Cuando Canal, Delgado y yo, presididos por el inolvidable D. Tomás Martín Gil, decidimos la aventura de publicar la revista «Alcántara», se lo participamos a Juan Luis Cordero, quien acogió la idea con júbilo y mandó inmediatamente los diez duros que aportábamos unos cuantos entusiastas para constituir el fondo inicial de la «empresa», y luego colaboró con sus pulidos versos llenos de sabor popular, con venas ora humorísticas ora elegiacas, que prestigiaron hasta última hora estas columnas. No hace mucho tiempo andaba dándole vueltas al magín para fundar una revista que llevaría el título de «Vetonia», y si tal proyecto no llegó a cuajar, su insaciable afán literario le llevó a fundar y dirigir la publicación «Nuestro Colegio», órgano de difusión del Colegio Oficial en el que estuvo últimamente empleado.

Aparte la amplia labor periodística, su restante obra literaria es muy considerable en extensión y calidad, sobre todo la poética. Basta decir que a su estro se deben obras en verso como «Varias poesías», «Mi torre de Babel», «Eróticas», «Geórgicas», «Vida y ensueño», «Mi patria y mi dama», «La tragedia del héroe», «Devocionario de amor», «La musa del pecado» y «Hojas del árbol caídas», amén de folletos como «La romería de la Luz», «Romance liso y llano» y «Cantos marianos», entre otros.

En prosa nos ha dejado narraciones y novelas, entre las que citar, os los títulos de «Almas», «La molinera», «La duda», «Clara luna» y «Cosas de la vida», así como en materia político-social dió a la estampa un libro muy elogiado, «Regionalismo. — Problemas de la provincia de Cáceres». Escribió también varias monografías de historia regional, y una «Crónica general de la provincia de Cáceres» por encargo de la Diputación Provincial. No pretendo haber agotado el repertorio de todas sus publicaciones, pero, sí creo haber reseñado las más importantes. En el telar de su minerva se sabe —aunque todavía no me ha sido dado manejar su archivo privado— que quedaron, completos unos y a punto de concluirse otros, trabajos tales



como «La musa del campo», «Siete poemas», «Engarces líricos», «Canciones de entre Tajo y Guadiana» y «La encina», entre los poéticos, aunque fragmentos de los mismos se hayan incorporado a otros libros suyos publicados o hayan visto la luz en periódicos y revistas; y en prosa deja inéditos «El Secretario rural», «El jabalí», «Antonia», y «Exodo» (segunda parte de «La duda»), con el carácter de novelas, así como «Cuentos y crónicas» y «De la vida y del ensueño», entre la producción que genéricamente se puede agrupar con la denominación de narraciones, y hasta ensayó el cultivo de la escena para la que escribió «Las dos sendas» y «Luciano».

Pasma una producción literaria tan copiosa en quien todo, en el orden de la cultura, tuvo que hacérselo partiendo de la nada y compartiendo su afición ya con la dura tarea de aperador, ya con la ajetreada función de secretario rural enzarzado «en las sórdidas luchas de estos poblachos extremeños—como él mismo escribe—tan sobrados de egoismos como faltos de espiritualidad», dentro de una vida provinciana «hecha de sentimentalismos agudos y de abulias enervantes»—según él también proclama—y todo ello entreverado con intervenciones políticas en las que siempre se sentía desasosegado e insatisfecho, pues su temperamento bronco y poco diplomático, con formación más intuitiva que cultivada, a la vez reciamente tradicional y católica, por una parte, y socialmente audaz y avanzada, por otra, no era el más a propósito para «encasillarse» en las rígidas cuadrículas de los partidos políticos al uso en aquel entonces, y cuyos inflexibles programas saltaban hechos añicos por su vitalidad desbordante, aunque de inconstante y versátil la tildaran sus detractores, tachándolo de paradójico porque si se le reconocía como católico, se le denostaba como anarquista. ¡Cosas de la vida!

Esta pugna que más o menos enconada o atenuadamente llevamos todos dentro, tuvo Juan Luis la gallardía y la sinceridad de proclamarla de un modo que no resisto la tentación de transcribir pese a su tono excesivamente retórico, y es así: «Ahora viene a mi imaginación el recuerdo de una noche, allá en mi pueblo, hace años. Yo había estado en una velada que se celebró en el Centro obrero. Era yo entonces, y aún sigo siéndolo en cuanto a lo esencial de la doctrina, un socialista convencido, y aquella noche había hablado largamente un joven propagandista valenciano que a vuelta de muchas tonterías había dicho cosas interesantes. Se trataba de un anticlerical furibundo que vomitaba pestes de la religión y de los curas... El mozo aquel, que indudablemente vestía ideas, ideas ajenas salpicándolas de sarcasmos propios, logró impresionarme y bajo esa impresión salí del Centro obrero aquella noche. Para ir a mi casa tenía que atravesar la parte vieja de la ciudad que, como es sabido, conserva todo el sabor de la Edad Media. Era en fines de Marzo y la luna en plenilunio silueta los pétreos muros en las calles desiertas y las plazoletas silenciosas. Yo gustaba de pasear sin compañía por el barrio arcaico y me fui solo, haciendo un rodeo. Eran casi las dos de la madrugada y había en el ambiente apacible una dulce serenidad. Enfilando la llamada calle An-

cha, que es, no obstante, lóbrega y estrecha, entré en la plazuela de San Mateo donde, entre ancestrales palacios llenos de leyendas, se alza la iglesia parroquial. Se oían como unos cantos y una música solemnes. Me detuve emocionado y escuché. Era que en el templo, a los sonos del órgano, cantaban no sé qué preces los afiliados a la Adoración Nocturna. Aquellos cánticos en la alta noche de luna, saturada de un encanto primaveral en la entraña de la vieja ciudad evocadora, se me antojaron de una poesía sublime y, lleno de hondo recogimiento, obrando de un modo maquinal, me descubrí... A medida que se deslizaban los momentos, crecía el encanto. Una inefable congoja me subía del corazón y me anegaba en plácidas ternuras. Recuerdos imprecisos de la niñez, dulces recuerdos del hogar, misteriosos vislumbres, anhelos imprecisos, ansias infinitas gravitaron poderosamente sobre mi espíritu en fervido acto de contrición. Y aquella noche me dormí evocando las poéticas e ingenuas oraciones cristianas que mi abuelita me enseñaba en la cuna».

Pero todo era nada al lado de sus aficiones literarias «a las que, a poder, dedicaría todos mis momentos todas mis energías, toda la luz de mi cerebro y todos los latidos de mi corazón», como él mismo reconocía en una explosión incontenible de sus más íntimas ansias. Este es el hombre que ahora más nos importa, y su estado de ánimo permanente lo reflejaba de manera no deliberada en aquellos originales papeles de cartas que lucían en el membrete, debajo de su retrato de busto, esta significativa sorpresa: «Juan Luis Cordero. Estudiante». Nada de «escritor» o «publicista» o «secretario» sencilla y constantemente él quería ser lo que era y así lo estampaba: «estudiante». Porque hombre a florado a la cultura y gustando de sus mieles en un ambiente hostil, se sintió por toda su vida con un angustiado e insaciable frenesí de estudiarlo todo, de saber y de escribir.

Este es nuestro hombre-literato, y para hacerlo resaltar debidamente, se impone que más adelante, con sosiego y calma, se realice un estudio a fondo de toda su obra poética en la que con seguridad se hallará materia sobrada para escoger un buen ramillete de composiciones con las que se formaría un libro que habría de ser un grato manjar para los espíritus cultos más exigentes, y que constituiría uno de los puntos capitales de la literatura extremeña.

Así lo avalan los numerosos premios obtenidos en certámenes públicos de carácter nacional, entre los que mencionamos las «flores naturales», ganadas en los más diversos lugares de la geografía española: en Cuenca por su poesía «La voz ignorada», en Alicante con la composición «Sonata de abril»; en Sevilla el año 1917, donde, con asombro de todos, se presentó a recoger el galardón, embutido en su uniforme de peón caminero, y el diputado Sr. Rodríguez Borbolla, luego ministro, así lo sentó a su lado y con no disimulada emoción lo presentaba en todas partes; en Ronda por la poesía «Mensaje»; en Elche el año 1934; en Béjar (19 Septiembre 1946) y en Cáceres (10 Octubre 1946) por sus poemas marianos «Canto a la



Santísima Virgen del Castañar» y «Mater Purísima, Regina Paci», respectivamente; así como entre otros galardones merecen reseñarse los logrados en Plasencia por los versos sobre «La Santa Cruzada» y en Badajoz por su poema «Ramo de flores», alcanzando el mérito de que una poesía suya escogida al efecto en concurso público se convirtiese en «Himno a la Virgen de Alta Gracia», patrona de Garrovillas de Alconétar, y de que el «Himno a la Previsión», que tiene carácter oficial, sea obra suya seleccionada en resonante certamen y distinguida con una medalla conmemorativa.

No es ocasión ahora para enjuiciar su obra, pues ni la emoción del momento ni las prisas lo permiten, aunque no esté de más consignar que en sus versos, junto a un sentido entrañablemente popular, hay indudables resonancias post-románticas y parnasianas, y que la presencia de Gabriel y Galán es patente a veces, pues no tuvo empacho al reconocerlo al escribir: «Quien más, quien menos, a todos nos arrastró un día el excelso autor de *Castellanas*», aunque luego se revuelva airado contra él, pues «no puedo perdonarle, —añade— ni aún después de muerto, aquel sonsonete sempiterno, »aquél tamborileo enloquecedor, aquellos romances de *paso de guerrilla*... que revelaban eso otro tan temible, eso otro tan inútil, eso otro tan absurdo que se llama un habilísimo versificador».

Pero yo no soy ni, en este caso, aunque lo fuera, lo quiero ser, crítico cominero avizorador de faltas y cicatero en el elogio, para la obra del gran escritor que acabamos de perder. Conozco muy bien la tremenda vocación literaria de Juan Luis: tremenda por lo irreprimiblemente fuerte y tremenda por lo duramente fatigosa—eso, nada menos, implica el haber sabido elevarse de simple aperador de carros, desvalido de asistencias, a vate laureado en certámenes y agasajado por los públicos—, para que esa improba labor, en la que lucen de consuno el tesón y la inteligencia sobre una base de necesidades a duras penas satisfechas, pueda yo ahora fríamente desmigajarla aplicando las reglas de la rima, el escandido de los versos, el criterio del eufuista o las normas de preceptiva y composición literarias.

No. Yo soy un aficionado a la poesía y siento que la obra de Juan Luis es carne doliente y espíritu en llamas, con todos los defectos que se le quieran o puedan señalar, pero también con todos los innegables, espléndidos, aciertos que es de justicia elogiar. Obra viva es la suya, y la vida no se mide por números ni se atrapa con fórmulas, sino por latidos del corazón y con abrazos de amor; por eso su canto es para mí—para los hombres de buena voluntad, me atrevo a ampliar por mi cuenta y riesgo—como la sorpresa de un chorro de sangre fecunda, algo así como una vena cristalina de agua mandando inesperadamente del suelo inhóspito.

Porque Juan Luis (de aspecto cazarro y andar tardigrado, de palabra reposada—palabra de cuarterón), lo llamaba su amigo Tomás Martín Gil—y zumba áspera, con un fondo de comprensión tolerante y de insobornable justicia) era como un trozo de suelo, de tierra, puesto en pie; pero de tierra fosca, afligida y asendereada,

algo que puede pisotear el más vil, convertir en letrina el más abyecto, pero tierra que saben moldear en genesiaca y voltaria labor las manos del alfarero, tierra nutriz que alumbra cosechas tras la extraña cópula con que la posee el arado del labrador, tierra más fuerte que aquello que la oprime, mancha, moldea o fecunda, porque Juan Luis, ante todo y sobre todo, poeta, es ¡tierra que canta!

Así he visto siempre a Juan Luis, el cordial cáscarrabias, y así quiero seguir viéndolo: deleznable barro humano, que cuando pasen tiempos y tiempos, y desaparezcan tantos vanos brillos hoy coruscantes, permanecerá perenne en la memoria de las gentes por haber acertado de lleno a lograr el inefable portento de ascender a Dios por el más bello de los caminos: el de la poesía, barro hecho canción.

FERNANDO BRAVO y BRAVO



## BREVES

Hay niebla en tu pensamiento.

Hay hielo en tu corazón.

¡Siempre vas buscando el soplo  
helado de la razón!

ELADIA MONTESINO